



XXIII

LA ÚLTIMA NAVIDAD

Conocidos estos sucesos, vuelvo á tomar el hilo de mi narración, por lo cual retrocederé hasta los últimos de Diciembre de 1863, época en que todo el mundo en Guadalajara hacía ya sus aprestos, ora para salir también de la ciudad con el gobernador republicano, ora para recibir á los invasores.

Muy pocas familias se anticiparon á las tropas republicanas en la salida de Guadalajara para el Sur de Jalisco. Las más lo hicieron después, por una especie de pánico que se apoderó de ellas al sentir la aproximación de los franceses; aunque justo es decir que la mayor parte de las referidas familias era compuesta de liberales y buenos patriotas que pre-

ferían las vicisitudes de la peregrinación, y aun el destierro, á vivir entre los enemigos de México. Muchas de estas familias partieron para California; y para las más acomodadas, efectivamente era San Francisco el mejor punto que podían elegir en aquel tiempo de borrasca y de adversidad.

Las tropas de Arteaga tenían ya sus disposiciones tomadas en virtud de las órdenes superiores; pero permanecieron en la plaza hasta los primeros días de Enero, como he dicho.

Enrique Flores y todos los jefes y oficiales del cuerpo á que pertenecía, incluso el coronel é incluso también Fernando Valle, cuya tristeza aumentaba cada día, así como su amor á Clemencia, decidieron pasar lo más ruidosamente posible aquellos últimos días de su permanencia en Guadalajara.

La Navidad estaba próxima, mejor dicho, era al día siguiente. ¿Cómo no pasar con alegría esa fiesta de la intimidad, esa fiesta del corazón, en unión de las personas queridas que iban á quedarse bien pronto abandonadas tal vez para no volverse á ver nunca?

Después de la Navidad estaban la guerra, la montaña, las privaciones, la derrota, tal vez la muerte. Era, pues, necesario libar el último cáliz de placer hasta la postrera gota; era pre-

ciso celebrar el último banquete de la familia con entusiasmo, con delirio.

Clemencia dijo á Flores, á Valle y á sus compañeros :

— La Navidad se celebrará aquí en casa; haremos un gran baile, tendremos una agradable cena, nos alegraremos por última vez con los nuestros, y después, que vengan los franceses y nos degüellen.

Los oficiales se pusieron locos de contento.

La noche del 24 llegó; noche hermosísima en nuestra patria como en todo el mundo cristiano, y en que hasta los desgraciados y los malos se alegran y rien.

Ya conocen vdes. la casa de Clemencia. Pues bien; la noche del 24 era un palacio de hadas. Se iluminaron el patio y los corredores, se pusieron por todas partes gigantescos ramilletes de flores y ramas de árboles cubiertas de heno y de escarcha. Se dió, en fin, á la casa el aspecto tradicional de las fiestas de Noche-Buena.

El invierno con sus galas de nieve, con sus pinos y sus musgos (lo cual es una exageración en Guadalajara, donde casi no hay invierno) contribuyó á embellecer aquella mansión opulenta en que iban á tener lugar las alegrías íntimas dentro de pocas horas.

En el salón se había colocado ese *pretty German toy*, como le llama Carlos Dickens, ese

árbol de Navidad, precioso capricho no introducido todavía en México, y que es el objeto de la ansiedad de la infancia, de la alegría de la juventud y de la meditación de la vejez, en esos países del Norte donde aun se mantiene vivo con el calor del hogar el amor de la familia.

Había sido un capricho de Clemencia poner ese árbol, en cuyas frescas ramas había colocado algunas de sus más queridas alhajas, pañuelos, y pequeños juguetes que habían de repartirse entre sus afortunados amigos, con entero arreglo al estilo alemán : sólo que aquí en vez de niños eran valientes oficiales republicanos los que iban á obtener esos preciosos obsequios, como una muestra de eterno recuerdo.

A la media noche debía hacerse este reparto, como es costumbre. Además, Clemencia, prosiguiendo sus imitaciones del extranjero, había dispuesto que inmediatamente después de despojado el árbol de sus adornos, el primer wals que se bailase fuese como el wals de media noche en el último día del año, el baile de los amantes, es decir, en el que debían escoger los hombres á sus preferidas, y éstas á los dueños de su alma. Tal vez no todos los amigos tenían allí á las amadas de su corazón, pero Clemencia en todo esto tenía una mira enteramente personal suya, y poco se cuidaba de los demás.

Isabel había sido convidada, como era de suponerse; pero la pobre niña aun sufría los tormentos del desengaño, cada vez más amargo á medida que pasaba el tiempo.

Por fin el salón se llenó. Era bastante amplio para dejar un gran espacio donde estaba colocada la mesa en que se hallaba metido el árbol que aparecía deslumbrador con sus pequeñas y perfumadas bujías y con sus brillantes juguetes y alhajas.

Este espacio quedaba libre; en el resto del salón se comenzó á bailar.

Enrique dió la señal llevando por compañera á Clemencia.

Ya desde este momento Fernando notó ciertas inteligencias entre su pérfido amigo y la hermosa joven, inteligencias que habían comenzado en las visitas que en los últimos días había hecho Enrique á la coqueta, seguramente nuevo objeto de su galantería después de la repulsa de Isabel, repulsa de que Valle no tenía conocimiento, pues también hacía tiempo que había dejado de visitar á su prima. El pobre joven se colocó en un rincón, y desde allí procuró observarlo todo, palpitándole el corazón de dolor y de miedo, porque ya le daba miedo pensar que Clemencia se enamorase también de Flores.

Esto se explica : Fernando estaba entregado

ciegamente á su amor á Clemencia, y no había para él medio entre ser amado de ella ó morir.

El baile siguió alegre.

El reloj dió las doce de la noche, y todo el mundo vino á agruparse en derredor del árbol de Navidad.

Comenzóse la rifa... cada uno sacó su número, y Clemencia fué distribuyendo la alhaja ó el juguete que correspondía á aquel número.

Llegó su turno á Fernando.

Sacó el número 13, número fatal entre los fatales. Clemencia bajó de una rama del árbol un lindo pañuelo de batista que tenía este número.

— Valle, dijo la joven alargando el pañuelo á Fernando, Isabel y yo hemos bordado juntas este pañuelo... por esto debe serle á vd. doblemente querido.

— Le guardaré como una reliquia sagrada, respondió Fernando.

— Y cuando reciba vd. alguna herida, empápele vd. en sangre generosa, esa será la mejor manera de honrarle.

— Yo lo prometo, murmuró Fernando pali-deciendo. Acababa de sentir ese extraño temor que la vista de Clemencia le había causado la primera vez que la vió.

Después de distribuidas las alhajas, los concurrentes, formando grupos para examinar el objeto que les había tocado en suerte, se fueron dirigiendo á la pieza en que estaba puesta la mesa para la cena.

Fernando, pensativo y lleno de funestos presentimientos, en vez de seguir á los demás se colocó junto á una puerta del salón que daba al corredor, y casi se puso á cubierto con una gran cortina.

De repente dos personas pasaron junto á la puerta, por el lado de afuera, caminando lentamente.

Eran Clemencia y Enrique.

— Será una alhaja querida, decía Enrique; pero hubiera yo preferido el pañuelo bordado por ti. ¡Qué fortuna de chico; la otra vez una flor, ahora un pañuelo.

— ¿Y tengo yo la culpa, Enrique? Pero no seas niño... toma y consuélate — tu árbol de Navidad es mi mano, y ella te alarga esto : ¿ estás contento ?

— ¡Ah! ¡qué dicha! y sonaron dos besos apagados que Enrique daba al objeto que le alargó Clemencia.

— Retrato y cabello que pediste... Ahora, enójate.

Los jóvenes se alejaron.

Fernando cayó desplomado sobre una silla.

Lo que acababa de escuchar era cuanto podía sucederle de imprevisto, de horroroso, de terrible.

Poco después le fué preciso salir al corredor; se ahogaba..... estaba loco. Si alguna vez hizo propósitos insensatos, fué entonces. Su pecho era un volcán, su cerebro ardía, y no le venían á la boca más que blasfemias. Se acordó de que traía guardada y cuidadosamente envuelta la flor que Clemencia le había dado algunos días antes. Sacóla del pecho y la arrojó con cólera sobre el mismo jarrón japonés en que estaba la planta que la había producido.

— Conservarla, dijo, sería adorar la burla.

Pero su ausencia había sido notada en la cena, y Clemencia, acompañada de Enrique, vino luego á buscarle.

— Fernando, ¿no viene vd. á cenar? le dijo la joven.

— No, mil gracias; me siento un poco mal; prefiero estar aquí, respondió Valle secamente.

— Hombre, ¿se está vd. haciendo el romántico en una noche como ésta?

— Amigo Flores, conténtese vd. con ser dichoso y déjeme en paz, replicó Valle sin poder contenerse.

— Amigo Valle, dice vd. eso con un acento tan trágico que me causa terror, y sobre todo, á esta señõrita : ¡se diría que está vd. rabioso!

— Rabioso no es la palabra; indignado, sí, como un hombre sincero que descubre una perfidia.....

— ¿Perfidia de quién?

— Hombre, me interroga vd. mucho, y á su vez se pone vd. trágico, lo cual me da también terror, y sobre todo á esta señorita.

— Vamos, vd. se ha vuelto loco, Fernando : por fortuna yo desprecio á vd. lo bastante para hacerle caso.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! dijo Clemencia muy agitada al notar el ademán de Valle, que próximo á estallar, pudo sin embargo dominarse y se contentó con sonreír, mirando á Enrique con un gesto de supremo desdén.

— Señorita, no tema vd., añadió; este caballero y yo nos conocemos hace tiempo, y sabe que soy respetuoso en ciertos lugares..... en otros ya es diferente, tiempo nos queda..... en cuanto á vd., le pido mil perdones por mi descortesía hoy, y por mi candidez antes, y..... el permiso para retirarme.....

— Pero, señor Valle, van á notar que se ausenta vd. así de una manera singular..... se dirá.....

— Nada..... yo ruego á vd. manifieste á su papá que me retiro porque estoy un poco enfermo. Ya me conocen y no lo extrañarán.

Y luego, volviéndose del lado de Flores, le cogió un brazo y le dijo sordamente :

— ¡Mañana!

— Sí, mañana, respondió éste, llevándose á Clemencia, que había perdido enteramente su aire altivo y que parecía trémula de emoción.

— Por Dios, y ¿qué va á suceder?

— Va á suceder que le mataré, Clemencia; hace tiempo que me fastidia este personaje de Byron, y ahora con más justicia. ¿Se creía con derecho quizás á tu amor? Había tomado la compasión y la amabilidad por cariño. Pues es modesto el joven.

— Enrique, prométeme que no le harás nada.

— Oh! en cuanto á eso, yo estoy acostumbrado, amor mío, á hacer tragar las amenazas á quien me las dirige. Pero no temas, no es mi espada la que él verá enfrente, sino mi látigo.

Clemencia, generosa por carácter, se sintió mal al escuchar esta fanfarronada, que traspasaba los límites de lo verosímil.

— ¡Oh, no! dicen que es muy valiente Fernando.

— A pesar de eso, sentirá mi látigo.

— Adiós alegría de Navidad! murmuró Clemencia enjugándose sus lágrimas; ya no voy á tener gusto en toda la noche, y vale más que esto se acabe pronto.

— Pero ¿por qué, mi vida? dijo Enrique inclinándose á besar los perfumados cabellos de Clemencia.... te preocupas mucho con las palabras de un imbécil. Vas á ver si te quito la pena. Bailaremos el primer wals, ¿no es esto lo convenido?

— Sí, pero se acabará todo después.

Entraron. La cena se concluyó alegre, pero la frente de Clemencia permaneció nublada y triste.

Tocóse el wals consabido; Enrique hizo prodigios de galantería y de imaginación para distraer á Clemencia; pero ésta sonreía tristemente, ocultaba bajo su larga y sedosa pestaña alguna lágrima que asomaba á sus radiantes ojos negros, y en un descanso dijo á Enrique mirándole fijamente con los ojos entrecerrados y llenos de pasión :

— ¿Me amas, Enrique?

— Más que á mi vida....

— Pues no hagas caso á Valle.... ¡desgraciado! él me quiere también....

— Esa es una razón de más....

— Esa es una razón para tenerle piedad.... quizás yo tengo la culpa de que esté enamorado así, y celoso.

— Tú le quieres algo, Clemencia.

— Que le quiero?.... Si yo no amo más que á ti, á ti no más, y desde el primer momento,

y tu amor me ha costado lágrimas y sufrimientos atroces..... te amo, te amaré siempre.

La ardiente joven decía estas palabras con ese aparente disimulo con que hablan siempre en un baile los enamorados, que no parece sino que platican acerca de la música, de los candiles y de los vestidos. Pero la voz de la joven era tanto más enérgica cuanto más apagada, llena de ternura y de resolución.

Y sus dedos oprimían convulsivamente el brazo de Enrique, y los latidos de su corazón parecían ahogar sus palabras.

Estaba apasionada frenéticamente.

El baile se concluyó pronto; Clemencia no estaba contenta ya. ¿Temía por Enrique? ¿temía por Fernando? Quién sabe! lo probable es que temía por cualquiera de los dos, pues bien sabía que ella era la causa de lo que iba á suceder.

Así es que otra vez, al recogerse en aquella aristocrática y deliciosa estancia que ya conocemos, en la noche del *té*, volvió á repetir pensativa y llena de remordimientos las mismas palabras :

— ¿Qué he hecho, Dios mío? ¿qué he hecho?

XXIV

EL DESAFÍO

Al día siguiente muy temprano Fernando vino á despertarme.

— Doctor, me dijo, vengo á inferir á vd. una molestia. Tengo que arreglar un asunto de honor con el comandante Flores, que me ha insultado anoche. No he creído conveniente encargar el arreglo de este negocio á ninguno de mis capitanes, y suplico á vd. que me sirva de testigo. Entre vd. y yo no han mediado relaciones de amistad; pero creo que no rehusará vd. prestarme este servicio de caballeros.

— No tengo inconveniente, le respondí; estoy á la disposición de vd.

Contóme entonces el lance de la noche anterior, y me dió sus instrucciones. Quería

batirse el mismo día, y escogía como arma la espada. Era un duelo á muerte.

Fuí á ver á Flores, recibíome con arrogancia, designó como su testigo á un amigo suyo de Guadalajara, á quien citó para una hora después.

— No habrá dificultad ninguna, me dijo; dentro de tres horas Valle estará complacido.

Me despedí inmediatamente y fui á dar aviso á Fernando del pronto arreglo de aquel negocio; pero aun estaba hablando con él cuando un ayudante vino á llamarle de parte del coronel, y con urgencia. Encontró á su jefe indignado.

— Sé que ha desafiado vd. á muerte al comandante Flores, por yo no sé qué palabras que dijo á vd. anoche en el baile.

— Él se lo ha dicho á vd., mi coronel?

— Él me lo ha dicho.

— Pues bien, es cierto; me ha ofendido gravemente, y yo he creído conveniente reparar este agravio retándole; sería yo un hombre despreciable si no lo hiciese así.

— Y ¿vd. no sabe que nuestras leyes militares prohíben bajo severísimas penas el duelo? ¿Vd. no sabe que va á hacerse reo de un delito grave, y que yo estoy resuelto á imponer á vd. un castigo terrible si insiste en su propósito. Caballero, yo no permito en mi cuerpo, ni menos en estas circunstancias, semejantes

lances de espadachines; yo haré fusilar, conforme á Ordenanza, al que intente siquiera, estando como estamos, frente al enemigo, promover duelos por cualquier motivo. ¿Es vd. valiente? ¿Está vd. ofendido? Pues tiempo hay para probar su valor combatiendo por su patria y para lavar su ofensa, procurando en el primer combate portarse mejor que la persona que insultó á vd. Un militar no se pertenece, su vida es de la patria, y arriesgarla en otra cosa que en su defensa, es traicionar á sus banderas. ¡Habríamos de dar el escándalo de un desafío delante de los franceses! Batallas son las que debe vd. desear, y no lances de honor; matando ó muriendo vd., quedaría deshonrado en un desafío personal. El comandante Flores ha probado su temple de alma en los combates, no necesita dar nuevas pruebas de ello, y en cuanto á la ofensa que haya podido inferir á vd., él le invitará, llegado el caso, á avanzar sobre el enemigo, y entonces el que se quede atrás será el que tenga que confesarse vencido. Así deben hacerse los desafíos en tiempo de guerra, y no exponiendo á la yergüenza á su cuerpo y á los jefes con reyertas personales, estériles para la causa que defendemos y criminales á los ojos de la sociedad. He ordenado á Flores que no acepte el reto de vd., y si tanto él como vd.

intentan llevarle á cabo, á pesar de mis órdenes, el general tendrá conocimiento de ello, y yo ofrezco á vdes. que los haré fusilar. Así es que vd. prescinde de su propósito, retira vd. toda indicación, y dentro de pocos días yo proporcionaré á vdes. una liza más noble y más honrosa; y como es preciso castigar á vd. por este conato de infracción del Código militar, vd. permanecerá arrestado hasta que salgamos de Guadalajara, que será bien pronto.

— Está muy bien, mi coronel, contestó Valle, comprendiendo que su jefe tenía razón en todo; pero indignándose interiormente de que Enrique hubiera corrido á denunciar al coronel aquella ocurrencia.

El razonamiento del jefe era enteramente justo; pero la cólera hervía aún en el pecho del joven ofendido, y aquel desprecio lanzado por su enemigo delante de Clemencia le manchaba el rostro como un bofetón ó un latigazo. Algo hubiera dado por no pertenecer al ejército ó por hallarse lejos de la guerra y frente á frente de un rival tan soberbio como insolente.

El duelo no se llevó á cabo, y Valle se desesperaba pensando que Clemencia supondría que él se habría resignado á sufrir en silencio la atroz injuria que había recibido en presencia de ella.

— Doctor, me dijo, llorando de desesperación, no me queda más recurso que el suicidio.

— El suicidio sería peor, amigo mío, le respondí, y me asombro de que vd., regularmente tan juicioso, no pueda dominar ahora ese sentimiento de cólera pueril. Realmente el coronel tiene razón; un desafío cuando los franceses van á llegar, sería inexcusable. La espada de vd. no debe cruzarse sino con la de los enemigos de la patria. En el primer combate vd. se cubrirá de gloria ó morirá, y de una ú otra manera quedará bien puesto á los ojos de su rival y los de esa señorita, que sería la primera en censurar á vd. una querrela personal en los momentos mismos en que el enemigo se presenta frente á nosotros. ¡Qué duelo, ni qué suicidio! El combate mañana, y olvidemos hoy esas miserias de salón que sólo pueden afectar á quien llevando una vida ociosa no tiene otro campo más hermoso en que demostrar el temple de una alma altiva y honrada.

Logré por fin convencer á Valle, que se resignó á callar y sufrir, con la esperanza de hacerse matar en el primer encuentro. Entretanto permaneció arrestado y no volvió á ver á nadie en Guadalajara, encerrado como estaba en su alojamiento, en donde pasó todavía unos seis días de tormento y de impaciencia.

Por fin se dió la orden de marcha, y el cuerpo salió de Guadalajara con dirección á Sayula. Esto sucedió el día 2 de Enero de 1864. El día 1º, y cuando se hacían los aprestos de marcha, el coronel del cuerpo, en nombre del general Arteaga, puso en manos de Enrique Flores el despacho de teniente coronel, que el general en jefe del ejército acababa de enviarle, por recomendaciones de buenos amigos que el simpático comandante tenía en el cuartel general.



XXV

EL CARRUAJE

Era el 5 de Enero de 1864, y ya avanzada la noche, que estaba fría y nebulosa.

Un carruaje tirado por seis mulas caminaba con toda la ligereza posible con dirección al pueblo de Zacoalco, distante todavía como unas cuatro leguas.

En pos de él seguían un caballero y seis ú ocho criados, uno conduciendo tiros de refresco y otros algunas mulas cargadas de petacas y colchones.

Evidentemente en el coche debía ir una familia principal.

Ya he dicho que ese mismo día 5 ocuparon los franceses mandados por el general Bazaine, á Guadalajara. Arteaga la había evacuado el 3 con sus tropas.